

1990 *Hojas de papel volando. Cartas y dibujos de niños mexicanos*, (convocatoria, jurado, selección, edición, coordinación y epílogo), México, Tiempo de Niños, CONACULTA/ Gobierno de Veracruz/ DIF-Veracruz.

A lo largo de más de cuatro años recibimos miles de cartas en Avenida Revolución 1877, México, D.F., lugar donde tenemos las oficinas del periódico *Tiempo de Niños*. Entre todas, seleccionamos las que hoy publicamos en esta antología, coeditada con el Gobierno y el Sistema Estatal para el Desarrollo Integral de la Familia del Estado de Veracruz. Para quienes trabajamos en el periódico, este material es invaluable: las cartas son la contraparte de nuestra labor y la de los maestros y promotores de actividades culturales. Son el retrato de nuestro interlocutor.

En un principio, la intención fue centrarnos en las descripciones de comunidades donde viven los niños; creamos la sección "Así es mi Tierra" en el periódico y los niños comenzaron a escribir, respondiendo a nuestra invitación y, sobre todo, al estímulo de ver otras cartas —o las suyas— publicadas. Muchas líneas han corrido desde entonces. En ellas aparecen el mar y los ríos; las tolveneras y las calles encharcadas; plazas de pueblos y patios de escuela. Hemos recibido textos desde comunidades rurales, sin luz ni agua potable, del Norte y del Sur, de las grandes ciudades; de colonias recién fundadas y de ranchos, de viejos pueblos con grandes iglesias y bellos kioscos, desde los modernos módulos y condominios. Desde todos lados nos pintan y relatan un paisaje. La primera sección de esta antología se acerca a la tierra y a la naturaleza: huizaches y mangos, vaquillas o cachorros de perro, montañas y descampados aparecen aquí.

Nuestro segundo apartado también se refiere a las comunidades, pero más bien a su vida cotidiana, a las relaciones y quehaceres de sus habitantes, su flujo y truján.

Seguimos con las fiestas y las celebraciones, con la historia y con monografías de los lugares –escritas casi todas a instancias de maestros y promotores– donde los niños narran o dibujan exhaustivamente su entorno; recibimos enormes paquetes de un solo remitente que suele ser alguna escuela.

Aparecen en los escritos los ambientes más próximos: la familia, la escuela, la casa. Se nos cuenta aquí de los amigos y las preferencias. Se habla en un tono más personal, directo, confidencial. Estas últimas cartas se incluyen en la sección “Querido Tiempo de Niños”.

También los cuentos, relatos, anécdotas y leyendas –los fantasmas y duendes siguen siendo los favoritos– aparecen en nuestro libro,

Ante la diversidad de intereses, lanzamos otra convocatoria, invitando a los niños a contarnos cómo son, qué les gustaría ser, qué esperan del futuro, qué les gusta, qué les asusta: la respuesta aún nos sorprende. Ese es, más o menos, el orden de este libro. El estilo varía: a veces los padres, maestros o promotores asignan un tema y los niños lo desarrollan. Otros, nos escriben individual y espontáneamente, hacen sugerencias y peticiones. Las cartas son muy distintas.

Cuando un grupo de alumnos escribe, son menos espontáneos; a cambio, son más exactos y tienen más cosas que contar desde un marco o guía; varían, es evidente, según lo propuesto por el adulto. Hay cartas que permiten ver el esquema escrito en el pizarrón tras ellas. En otros casos, el margen de libertad es más amplio y los profesores muestran interés e imaginación; los resultados son más halagüeños. Entre los maestros que envían a

los alumnos a indagar con los abuelos, el que dicta y la madre que corrige y enmienda hay un mundo de diferencia.

A pesar de la dirección de los adultos y de la gran influencia de la televisión, la contaminación de imágenes y los estereotipos que comparten sobre lo que ha de ser la niñez, el sexo, su papel en una sociedad de adultos, escapan a estas directrices: en sus alocadas seriaciones y su lenguaje —tanto más cercano a la voz que el de los mayores— en su sinceridad, en su fidelidad, en sus convicciones, en su manera de ver y de narrar, creer y criticar o aceptar el mundo que los rodea, en su forma de apostrofarnos según nos desean o imaginan.

Hay un microcosmos en cada carta y dibujo: la sociedad los engloba; la rebasan y no, la interpretan con un sesgo particular. Tenemos cartas tipo: las que piden, chismean, acusan, se quejan. Abundan los temas que les piden desarrollar y que han terminado por asumir: la ecología, la paz, la deuda externa. Otros, quieren que su nombre aparezca en el periódico, que les mandemos regalos y premios. Algunos más, desean complacer a los adultos, muchos de ellos, por supuesto, quieren ser mayores para ser lo que quieren ser. Y también quieren ser marineros, motociclistas, futbolistas, o volar. Su habla, empero, los iguala, su necesidad de ser escuchados, leídos y queridos les suelta la lengua.

El flujo de cartas varía según las circunstancias explicadas; pero nadie niega la cruz de su parroquia: un habla les hace pertenecer a una región, una clase social, un tipo de familia o de escuela.

En las imágenes la mezcla y la diversidad son más palpables: estampitas copiadas, casitas con techos de dos aguas, emblemas de televisión, ovnis extragalácticos y transformers —juntos, mezclados, conviviendo con naturalidad en un mundo a la vez singular y troquelado, original y mancado. La combinación es de

tal riqueza que los precarios materiales que utilizan la mayoría de los niños para trabajar no la disminuyen. Aparecen toda clase de niños y escuelas: rurales, federales, internados, privadas, activas, religiosas. Tenemos grupos especiales de vacaciones, emprendedores corresponsales individuales. El universo abarca desde niños que aún no saben escribir y dictan a los mayores, hasta jovencitos de la secundaria; geográficamente, va desde Chetumal hasta Ensenada. No todo lo que reproducimos nos complace; hay cartas patéticas por su contenido; otras, igualmente terribles, por su precoz estilo adulto. Hemos tratado de dar una visión de conjunto de una sociedad en crisis, donde los niños ocupan un lugar subalterno —además del que la sociedad misma les otorga— respecto a los mayores.

Hemos eliminado las cartas que repiten adivinanzas conocidas, las descripciones de las comunidades donde muchos niños narran lo mismo —en estos casos, hemos tomado una carta matriz y editamos las restantes para que completen, abunden o añadan a una vasta fotografía del lugar donde viven—. También hemos eliminado las felicitaciones, las que responden a juegos, los trabajos monográficos sobre temas asignados en el salón de clases, las evidentemente dictadas por adultos. Prescindimos también de las fórmulas de introducción y despedidas. En cambio, cuando tenemos diferentes versiones de un solo hecho, opiniones distintas, referencias de unos niños a otros, incluimos el material completo.

Se han corregido la puntuación y la ortografía, los errores de escritura y dislexia, tan frecuentes. No así el orden, los regionalismos, modismos, neologismos que les dan un sabor tan especial.

Para seleccionar los dibujos hemos optado por mostrar las diferentes técnicas, en un rango que abarque todas las edades.

Hemos eliminado las calcas y copias. Para cada carta o dibujo damos los datos de su autor, a veces el grado y la edad, siempre que los hayan incluido.

Esta antología es una entre muchas posibles, no es inocente. Me alejo del mundo escolarizado y adulto, del niño que dice lo que cree que deseamos oír, del que sigue al pie de la letra los lineamientos dados, pero no del que escribe —y muchas cartas resultan una decepcionante confirmación de la eficacia de la socialización en sus más siniestras variantes.

Apelo a la crítica de los niños —voluntaria o no—, a su franqueza, a su rebeldía, a sus ilógicas secuencias que trastornan —deberían— nuestros intentos de codificar el mundo: el futuro de esta sociedad, donde los niños no tengan la voz que les concedemos sino la suya propia, depende, me parece, de que esto no se olvide.

Esta antología es para niños y para adultos, para pedagogos, lingüistas y artistas. Las cartas abren, irrumpen, piden, reclaman, inventan, mantienen viva una tradición, la desechan, la sustituyen. Las hojas de papel volaron, son así. Para estos niños trabajamos; en estos niños, todavía, creemos.